

Cervantes Saavedra, Miguel
de
Bacci, Luigi
Antes de leer el Quijote.

ANTES DE LEER EL QUIJOTE.

Luigi
(LUÍS) BACCI.

ANTES DE LEER EL QUIJOTE



MILANO-ROMA-NAPOLI
SOCIETÀ EDITRICE "DANTE ALIGHIERI"
DI
ALBRIGHI, SEGATI & C.

1912

FIRENZE, 207-1911-1912. — Tipografia Barbèra - ALFANI E VENTURI prop

A DOMENICO OLIVA

AMICAMENTE

LUIGI BACCI.

Roma, Novembre 1911

I.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Y SUS OBRAS MENORES.

Mi enseñanza, como muy bien sabéis, queridos alumnos, no tiene ni debe tener carácter literario, sin embargo, antes de empezar á leer, en su texto original « El Quijote » he juzgado conveniente y oportuno hacer anteceder á la lectura de este gran libro, las noticias más importantes y curiosas que se refieren á la vida de su autor y hablaros, sea tan sólo de paso, de las obras menores de este gran genio, que honra á España y á toda la humanidad.

En mi larga enseñanza, he podido convencerme, á pesar mío, como entre nosotros, muy poco se conoce á Cervantes y lo poco que se le conoce, se le conoce sólo por su « Quijote » y, á menudo, de este libro sublime también la mayoría de los lectores, se ha formado un concepto equivocado y muchos hablan de él, habiendo oído repetir sólo su nombre y nada más.

La vida de Cervantes es todo un poema. Y mereciera ser cantada por un poeta y no contada por mí, que represento y soy un muy modesto y humilde cultor del idioma castellano, en que se han escrito tantas obras, que merecieran ser estudiadas por nosotros y en nuestras

escuelas, junto á los libros más apreciados de la literatura francesa, inglesa y alemana.

Sirvan los hechos extraordinarios de la vida de este gran genio, que de mano en mano iré mencionando, para acreditar lo que diré en ésta y en la próxima lección y por muy contento y satisfecho me tendré si, al hablaros de la vida y de las obras de Cervantes, aun sea con brevedad y con muy poca competencia, acertaré á siempre más avivar en vuestro ánimo el afecto que me propuse despertar en vosotros, por el *Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* y por su variada y hermosísima producción literaria.

No seguiré en estas lecciones un orden extrictamente cronológico; en esta primera lección, os hablaré primero de los hechos más importantes que á la vida de Cervantes se refieren, y luego, os diré algo de las obras menores de este único y singular escritor.

La partida de bautismo de nuestro autor dice:

Domjngo nueve dias del mes de otubre Año del señor de mil e quits e quarenta e siete años fué baptizado miguel hijo de Rodrigo de cervantes e su muger doña leonor fueron sus conpadres ju° pardo baptizole el Rdo señor b^e seRano cura de nra Señora ts° baltasar vazqz sacristã e yo que le baptize e firme de mi nõbre

El Bachiller
seRano.

Tal partida es, sin duda auténtica, y á pesar de las pretensiones de otras ciudades y pueblos, se puede afirmar que Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547.

Cuando los eruditos comenzaron sus averiguaciones sobre la patria de Cervantes, se adjudicó gloria tan alta á Alcalá y comprobó el acto justiciero el descu-

brimiento de la partida de bautismo, que he recordado, según la que el gran escritor recibió las aguas lustrales en aquel día, cuya fecha se lee en la partida transcrita y en esa iglesia, cuyo nombre queda en la misma partida consignado.

Entre otras ciudades, alegó y sigue también hoy en día alegando derechos á ser considerada patria de Cervantes, Alcázar de San Juan[1], fundando este derecho en razones de congruencia y principalmente en la partida de bautismo de un Miguel Cervantes de Saavedra, nacido año después del autor del *Quijote.* De manera alguna no pueden considerarse ciertas y seguras las razones que aducen los que sostienen que Cervantes nació en Alcázar de San Juan y no en Alcalá de Henares: la partida bautismal á la que sobre todo se refieren tales investigadores y en que apoyan sus aserciones no puede considerarse legítima, antes, tal asiento no se ve, ni nunca, acaso, se verá libre de la honda tacha de apócrifo.

Aun siendo no apócrifo tal documento, no tiene fuerza ni valor bastante, según pienso, para quitar la gloria á Alcalá de haber sido patria del más grande escritor entre los españoles; además de lo dicho, la fecha de la partida de Alcázar de San Juan, desbarata todas las coordinadas cronológicas de la vida de Cervantes, en las que hállanse concordes biógrafos y críticos.

Se añada á todo esto, que la nota de bautismo de Alcalá es, según el autorizado fallo de paleógrafos y críticos, de evidente autenticidad.

---

[1] LEAL ATIENZA JUAN, *Al pueblo de Alcázar, Información hecha para averiguar la verdadera cuna del inmortal Miguel de Cervantes Saavedra,* E. Quintanar, impresor. Eriptana, 1905. Gran folio, una hoja.

Las noticias relativas á Cervantes y su familia, en cuanto se refieren á su estancia en Alcalá y también al curso de su vida, atestiguan en favor de su nacimiento en esta ciudad y á los elementos de su biografía. En efecto, en Alcalá de Henares el cirujano Rodrigo de Cervantes y su mujer, la muy cristiana señora doña Leonor de Cortinas, habitantes en la collación de Santa María y precisamente en una casita baja, contigua á la huerta de los capuchinos y muy cerca de la iglesia ahora mismo nombrada, tuvieron, por los años 1543, 1544 y 1546, otros hijos, á saber: Andrea, Magdalena y Luís.

Que Miguel Cervantes de Saavedra nació en Alcalá de Henares lo comprueba también el documento de la redención de su cautiverio en Argel, y su propia declaración en el pedimento legal que autobiográficamente publicó el P. Cristóbal Pérez Pastor en sus *Documentos Cervantinos.*

Vicente de los Ríos, desde el 1780, en el *Análisis del Quijote*, con argumentos de no fácil confutación, afirmaba que Cervantes nació en Alcalá de Henares y la misma afirmación se lee, tanto en el *Discurso preliminar* de Juan Antonio Pellicer y Safocarda, á su edición del *Quijote*, cuanto en sus muy curiosas *Noticias literarias* de Miguel de Cervantes, que á este muy distinguido escritor sirvieron de base para la *Vida*, que publicó en 1797, al frente de la esmerada edición del *Quijote*, que acabo de mencionar.

Muy poco, casi nada se sabe de la mocedad de nuestro autor, sino que estudió en Sevilla,[1] ya fuese en

---

[1] RODRÍGUEZ MARÍN (Francisco), *Cervantes estudió en Sevilla (1564-1560)*, Discurso leído por D. Francisco Rodríguez Marín, Presidente del Ateneo y Sociedad de las Excursiones en la

la Universidad, ya en el Colegio de los P. P. de la Compañía de Jesús, á quienes tanto elogia en *El coloquio de los perros*, en que se lee: « eran de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban ». Luego prosigue: « era de considerar como [los padres de la Compañía] los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y finalmente, como les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados ». — En 1568 estudiaba en Madrid bajo la dirección del maestro Juan López de Hoyos, en el Estudio ó Academia establecida en la calle que hoy lleva el nombre de éste.

A los dos meses y medio de muerto el príncipe Don Carlos (24 de julio de 1568), murió también la joven Reina Doña Isabel de Francia, mujer de Felipe II, á quien éste recibió en sus brazos siendo casi niña y se la devolvió á la naturaleza cuando ella no había cumplido aún veintiún años.

Ambos sucesos, no sólo proporcionaron ocasión de hablar al vulgo, sino también dieron mucho que hacer al maestro Juan López de Hoyos, á quien, el Cardenal D. Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, Presidente

---

inauguración del curso de 1900 á 1901. Segunda edición. Sevilla, imp. de Francisco de P. Díaz, Plaza de Alfonso XIII (Antes Guvidia), 1905, 4º. 36 págs.

del Consejo Real, Inquisitor apostólico general etc. etc., encargó una *Relación de la muerte y honras fúnebres del S. S. Príncipe D. Carlos, hijo de la Majestad del Católico Rey Don Felipe II, Nuestro Señor*, que se acabó de imprimir en la casa del tipógrafo francés Pierres Cosin, á 5 de noviembre de 1568. El mismo Maestro López de Hoyos declara que él compuso los epitafios, hieroglíficos y versos « en el poco tiempo que de mis ordinarias lecciones y estudio me queda, con harta brevedad de tiempo, lo cual deseo advierta el pío lector, » y á más declara que « ultra de lo sobre dicho en nuestro estudio, los estudiantes hicieron muchas Oraciones fúnebres, Elegías, Estancias, Sonetos muy buenos, con que dieron muestras de sus habilidades ». Los versos de los alumnos no se imprimieron y por esta razón no conocemos el primer fruto de la musa de Cervantes, que, sin duda, públicamente se leyó y que tiene que haber gustado, porque al llegar, muy en breve, la triste ocasión de la muerte de la Reina, el ya varias veces nombrado López de Hoyos, y también todo el estudio (que entonces nada se hacía en clase sin contar con los discípulos) hállaronse concordes que fuera Cervantes quien escribiere los versos en castellano, en loor de la infeliz Reina.

Estos versos figuran en la *Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois nuestra Señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios á su túmulo etcétera, etc., impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid, en casa de Pierres Cosin, año 1569.*

Cervantes comienza su canto fúnebre, dirigiéndose, en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego de

Espinosa, con estos versos, tan celebrados, mas de muy corto mérito y alcance:

> ¿ A quién irá mi doloroso canto
> ó en cuya oreja sonará su acento
> que no deshaga el corazón en llanto?

Mejores que los versos que acabo de citar son, sin duda, los siguientes, á pesar de ser también éstos muy pedestres:

> Alma bella, del cielo merecida,
> mira cual queda el miserable suelo
> sin la luz de tu vista esclarecida
> . . . .
> El vano confiar y la hermosura . . . .
> aquel firme esperar, santo y constante.

Al reproducir estos versos, confirmo lisa y llanamente mi opinión con respecto á Cervantes poeta, opinión que tuve oportunidad de expresar en mi COLECCIÓN DE TROZOS ESCOGIDOS EN PROSA Y VERSO (Albrighi, Segati e C., Roma-Milano, 1909), y precisamente en la *pág. 30*, *nota 2*, en la que digo que en las obras *en verso de Cervantes se resiente en todas partes su incapacidad para versificar.*

Cervantes, en esta época, tenía veinte años y empezaba á preocuparle su porvenir. ¿ Cuál sería su camino? ¿ Las armas? ¿ Las letras? « Fuése en armas ó en letras », como escribió mi malogrado amigo D. Francisco Navarro y Ledesma, que muerte cruel arrancó á las letras hace pocos años, cuando aun no había cumplido los treinta, « poco ó nada podía lograr en España, suelo duro é ingrato. En cambio, para los mozos como él, Italia, la turbulenta Italia, cuya sangre no envejece, abría sus brazos de hembra placentera, nunca harta

de juventudes. Flandes ofrecía la gloria militar solamente. Italia acogía con el mismo amor y favorecía con igual entusiasmo á los valerosos espadas que á las ágiles plumas. Miguel soñaba ya con Italia ».

Muy luego se le ofreció favorable ocasión para realizar sus deseos.

A los pocos días llegó á Madrid monseñor Julio Acquaviva, con una misión oficial y otra confidencial para Don Felipe II. Este joven prelado, camarero y refendario del pontífice Pío V, era « mozo muy virtuoso y de muchas letras », según referencias del embajador español en Roma, D. Juan de Zuñiga. Este prelado llegó en Madrid en un período muy malo, oficialmente hablando; á su ingreso á Corte aprendió la noticia de la muerte de la Reina. Muy pocos y, quizás, menos que todos, Felipe II, se acordaban ya del príncipe Don Carlos, á quien no hubo quien quisiera de veras. Por lo contrario, era general el luto por la muerte de la gentil Reina. Monseñor Acquaviva en seguida se dió cuenta que escaso provecho hubiera logrado de su embajada y como buen italiano se dió á tratar con los más discretos caballeros de la Corte y su conversación muy á propósito le sirvió para perfeccionarse en el conocimiento y uso del castellano, ya por él harto conocido, como lo conocían á la sazón todos los diplomáticos, pero que aun no llegaba á dominar.

D. Diego de Espinosa, presidente del Consejo, muy probablemente tiene que haber hablado á Acquaviva de las poesías que se escribieron en honor de la malograda Reina y tiene de haberle, sin duda, hecho mención de la canción y redondillas, que, en tal ocasión y con tal motivo, ofreció el Estudio de Madrid.

Espontáneamente ó cediendo á los deseos de Espinosa, monseñor Acquaviva llevó consigo á Italia á Miguel Cervantes de Saavedra y á monseñor Acquaviva debe España gratitud por este acto, porque este primer viaje educó extraordinaria y eficazmente el espíritu de Cervantes y afinó mucho su naturaleza artística.

La primera ciudad adonde Cervantes llegó fué Valencia y, según dice en el *Persiles*, quedó muy admirado por « la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de su contorno y finalmente por todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades no sólo de España, sino de toda Europa y principalmente por la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable ». — De Valencia, pasando por Villareal, Castellón, Tarragona llegó á Barcelona, la expléndida ciudad mediterránea en que contempló « el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, la multitud de galeras que estaban en la playa, el tráfago incesante del puerto, los cañonazos de Monjuich », y de la que « le admiró el hermoso sitio de la ciudad y la estimó por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, terror y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo, y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo ».

De la Cataluña pasó á la lozana y gaya tierra provenzal. Con patriótico orgullo encontró y dejó escrito que en Francia varones y mujeres aprendían castellano.

Una fría mañana de Enero le pasmó la blanca é imponente grandeza de los Alpes cubiertos de nieve, é Italia sonrió á Cervantes, con la bella, humana sonrisa con que siempre recibió á todos los grandes creadores de ávidos ojos y corazón audaz.

Cuando Cervantes llega á Italia, por lo mismo, que no tiene todavía un temperamento artístico claro, puede exacta y provechosamente darse y rendirse cuenta de las impresiones que la tierra, los hombres y las ciudades le producen.

Ledesma y Navarro á propósito del viaje á Italia de Cervantes escribió más ó menos, lo que voy diciendo: No llevaba ánimo resuelto de que las cosas le parecieran de este ó del otro modo, ni lecturas prolijas y enfadosos comentarios de pedantes habían raspado los cristales de sus ojos ni los habían embadurnado con ningún color previsto. Cervantes era un mozo algo leído, pero no erudito; era un curioso, pero lo interesante para él era lo que tenía vida, lo que palpitaba, lo que en vivo podría ser estimado, sin anhelo de copiarlo, sin intención de meterlo en la alquitara literaria y sacar espíritu, destilar esencia ó licor.

A la par y, quizás, más que sus magníficos monumentos, sedujeron á Cervantes « la vida libre, *la libertad de Italia, la vida libre de Italia*, es decir, el contento, la suavidad del cielo y del ambiente, la dulzura del idioma, la lenidad y blandeza de las costumbres, la humanidad y cortesía del trato, la apacibilidad y jovialidad de las maneras, como de país sin dueño que le tiranice, ó con dueños temporales á quienes despide, á lo mejor, entre carcajadas, infamándoles con los mas graciosos y crueles dicterios ».

Cervantes, con palabras muy alagüeñas y entusiastas, describió Milán, de donde, siguiendo su camino, se dirigió hácia los Alpes Apuanos. Detúvosese luego en Luca « ciudad pequeña, pero hermosa y libre, que debajo de las alas del Imperio y de España se descuella y mira exenta á las ciudades de los príncipes que la desean. Allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante. » De Luca se dirigió Cervantes hácia Roma, ciudad en que más que se vive, se recuerda, y que es necesario mirarla histórica y estéticamente. Un viaje á Italia y sobre todo á Roma, ha sido, es y será siempre un viaje á todos los tiempos de la historia. Cervantes llegó finalmente á Roma, meta de sus ensueños, deseo de sus deseos. Al comenzar el IV libro del *Persiles* escribe: « Ya los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos brillan en las almas, ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce posesión esperada ». Al acercarse á la ciudad eterna « alegrósele el alma, de cuya alegría redundaba salud en el cuerpo y alborozósele el corazón, viendo tan cerca el fin de su deseo ». Entró en Roma por la Puerta del *Popolo*, deseando « besar una y muchas veces los umbrales y márgenes de la entrada de la ciudad eterna ». Fué entonces que Cervantes compuso aquel soneto que empieza:

Ó grande, ó poderosa, ó sacrosanta
¡alma ciudad de Roma! a tí me inclino
devoto, humilde y nuevo peregrino
á quien admira ver belleza tanta....

En Roma pensó y escribió aquel elogio de la ciudad eterna, « reina de las ciudades del mundo. Visité sus templos, adoré sus reliquias y admiré su grandeza. »

Cervantes, como escribió el ya mencionado Navarro y Ledesma, « desde el tinelo y cámara de Acquaviva, conoce el Vaticano por dentro, y á la fresca risotada con que saludó la gracia fuerte y el sensual alborozo de Milán, sucede una risita de viejo, un fruncimiento de labios plegados finamente, como los de algunos cardenales de Rafael. El corazón de Miguel se enfría un poco entre los mármoles del Vaticano. Miguel reflexiona. A los pocos meses, ya está enterado y al tanto de todo. Un día, se cansa de tinelo y de servidumbre eclesiástica. Oye que á su amo van á nombrarle cardenal y no le agrada ser camarero ni seguidor de un señorón de vida quieta, suavemente intrigadora. Sabe que la guerra con el turco ó con quien fuese, se avecina y Miguel, que ya ha visto á Roma, requiere su espada y sienta plaza de soldado ».

A los dos años de hallarse en Roma, se alistó como soldado en la compañía del capitán Diego de Urbino, perteneciente al tercio de D. Miguel de Moncada, al mando del general Marco Antonio Colonna.

Participó Cervantes á la batalla de Lepanto y á pesar de hallarse, desde unos días, enfermo de calenturas, pidió ocupar su puesto en el peligro, en la galera *Marquesa,* en que iba; recibió dos heridas una en el pecho y una en la mano izquierda, que le quedó inútil para siempre, de donde su glorioso mote de *El manco de Lepanto*, que él ostentaba siempre con patriótico orgullo.[1]

---

[1] *El manco de Lepanto,* por GABINO DE I. VÁZQUEZ. Mérida de Yucatán, MCMV, 4°, 18 págs.

Muy valeroso tiene que haber sido Cervantes cuando, no siendo aún tan conocido por su talento, ni habiendo publicado obras que pudieran darle nombre, se le conoció y distinguió de tal manera.[1]

Peleó también con valor y arrojo en Navarino, en Corfú, en Túnez y en la Goleta. Volvió luego enfermo á Nápoles, « ciudad » según el mismo escribió « á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo ». Nápoles fué para Cervantes el lugar de sus primeros, más gratos y felices amores y esta ciudad apareció á Cervantes siempre en sueños, hasta en sus días ancianos, *semidifunto*, como él mismo dice, burlándose con donaire y mucha gracia de sus propias canas.

El 20 ó 22 de septiembre de 1575, salió embarcado para España, en la galera *Sol;* esta galera navegaba tranquila, cuando, en el golfo de León, se vió perseguida por una flotilla veloz de tres galeotas, al mando del renegado albanés Arnaute Manú, á quien llamaban el *Cojo*, por serlo y por haber, entre los turcos, la muy poco caritativa costumbre de mentar los defectos de sus capitanes.

Pelearon con arrojo y valor los españoles, pero los piratas salieron victoriosos y en esta pelea perdió valerosamente la vida el ilustre caballero de Vitoria, D. Juan Bautista Ruiz de Vergara, del hábito de San Juan.

Pretensioso sería, por mi parte, contar este encuentro, cuando el mismo Cervantes lo hace en la *Ga-*

---

[1] Véase en *Revista Contemporánea* de Madrid (18 de diciembre 1906) el muy interesante y notable artículo: *Cervantes soldado*, por R. BALLESTER.

latea y en *La española inglesa* y de tal encuentro hace también mención en el relato del cautivo.

En estas descripciones es muy fácil apercibirse la parte que corresponde á la poesía y la que corresponde á la verdad.

En la primera época de su cautiverio, sobre todo, debió de sufrir tanto y aprovechando las necesarias ausencias del corsario Dalí Manú, tentó recobrar su libertad.

Cervantes en la solitaria y malincónica su prisionía de Argel imaginó, no ya el proyecto de fugarse, propio de todo prisionero, sino la vastísima empresa de rebelarse al frente de los treinta mil cautivos cristianos que había en la ciudad, alzarse con el dominio de ésta y regalársela á España.

En los primeros meses de 1576, el alférez Gabriel de Castañeda logró escapar á Orán. Llevaba una carta de Cervantes para sus padres, en la cual contaba dónde y cómo se encontraban él y su hermano Rodrigo. La carta debió de llegar á su destinación á mediados de año. Los padres de Cervantes no tenían dinero de sobra y no hallábanse en condición de enviar la suma necesaria para el rescate de sus dos hijos, Miguel y Rodrigo.

Cervantes — no sabemos de que manera — supo que su antiguo camarada, Mateo Vázquez de Leca, había ascendido á ser *archisecretario*, ó sea el que despachaba lo más de la correspondencia y relaciones de Felipe II, y Cervantes juzgó oportuno escribir á su amigo y le dirigió una carta en tercetos.[1]

---

[1] *Epístola á Mateo Vázquez, dirigida en 1577 desde Argel por Miguel de Cervantes Saavedra.* Con introducción y algunas notas, por EMILIO COTARELO. Madrid, Baena Hermanos, impresores, Colegieta, 14, 1905, 12º, 22 págs.

Fueron los frailes trinitarios que se encargaron de la redención de los cautivos, tarea larga y difícil: á tal mansión dedicaron los meses de junio y julio de 1580 y, en los primeros días de agosto, Fray Antonio de La Bella pudo salir para España, con los primeros ciento ocho rescatados.

Para la parte más difícil de la misión quedó en Argel Fray Juan Gil, varón de larga experiencia, sumamente prudente y perspicaz, quien, además, conocía muy, muy bien á los moros y que habíase hallado muchas veces en peligros y que había pasado muchos riesgos y trances de fortuna.

El rescate de Cervantes se presentaba arduo y difícil, sin embargo, este fraile, tan benemérito, el 19 de septiembre de 1580 pudo rescatar también á Miguel de Cervantes.

Describir, con eficacia, lo que Cervantes experimentó al pisar la tierra como hombre libre, sólo pudiera hacerse copiando los numerosos párrafos en que él habla de este goce, el más grande de cuantos el mundo puede ofrecer. Quedóse todavía algún tiempo en Argel y sólo el 24 de octubre fué que se embarcó para España en el navío de Maese Antón Francés, junto á otros cinco cautivos. La navegación fué relativamente breve y tranquila. A pesar de haber sido primero conducido á Constantinopla, el 18 de diciembre del mismo año hallábase ya en Madrid.

En 1585 salió á luz su primera obra, la novela pastoral *La Galatea*, donde, si se conservan y archivan mil remembranzas de Italia, en el lenguaje y en la inspiración manifiestas, y se ven reminiscencias claras de los umbrosos valles de Cerdeña y de las grutas

de Nápoles y de los jardines de Corfú, más, mucho más es lo que se refiere al gran río Tajo. Por esta novela el librero Robles pagó á Cervantes 1,336 reales. Tuvo *La Galatea* menos éxito del que merecía y quizás, por esto, le conservó Cervantes toda su vida el cariño tierno, que se profesa á un hijo desgraciado.

Después de *La Galatea* escribió Cervantes las comedias de la primera época, de las que nos quedan dos solamente, la *Numancia*, que es la mejor y aun pudiera decirse la única tragedia patriótica española y el *Trato de Argel*.

Cervantes para la *Numancia* se inspiró en el argumento de un viejo romance, magnificando y sublimando de tal modo el asunto de ella, que en el teatro español, el más rico que imaginar se pueda, nada hay tan vigoroso y grandilocuente. A pesar de resumirse y compendiarse con extraordinaria y eficaz fuerza épica la eterna historia del heroismo español, en España esta tragedia gustó y sigue gustando muy poco; por lo contrario, en grande aprecio y estimación la tienen los alemanes. Según mi parecer, como tragedia histórica no vale mucho; el autor demasiado á menudo se hace arrastar, por su despabilada fantasía y demasiada retórica hay en los respectivos papeles de los personajes, que intervienen en la acción de esta tragedia; inoportuna es la intervención de figuras alegóricas, como las de España y del Río Duero; con arte y eficacia están, en cambio, pintadas las escenas del cuerpo muerto y la del conjuro.

Escribió también un drama titulado *La batalla naval*, drama de su triunfo y de su cautiverio; este drama no ha llegado hasta nosotros: en él quiso representar

el día grande y glorioso de Lepanto; que este drama gustara mucho cuando fué representado, es cosa cierta.

En Esquivas vivía una familia hidalga, la familia Salazar Palacios y Vozmediano. A mediados del año 1584 llega Miguel Cervantes en Esquivas y visita á la familia Salazar Palacios y Vozmediano, de la que era pariente lejano y á la que pertenecía Catalina, doncella muy hermosa. Como á todas las mujeres de corazón y ánimo gentil, las desdichas contadas por Cervantes y el entusiasmo que le produjeron sus proezas y bizarrías, le infundieron amor por el manco de Lepanto. Vanas fueron las hostilidades y reserva de los Palacios y de su familia al noviazgo con Catalina: el 12 de diciembre de 1584 se desposaron Cervantes y esta niña, llena de candor y altas y nobles virtudes. Mucho se ha exagerado al afirmar que Cervantes se casó con una mujer muy rica; pertenecía su esposa á familia acomodada, pero no rica. En 1588 Cervantes pasó á Sevilla, y fué nombrado proveedor de la Armada Invencible y sus ocupaciones desde 1588 á 1590, fueron tan grandes, que apenas le dejaron tiempo para acordarse que años atrás era literato y poeta. En Sevilla vivió solo, separado de su mujer, y en la razón de esta separación, según mis conocimientos y noticias directas é indirectas, ningún biógrafo de Cervantes ha reparado. En torno suyo, en esta ciudad, no veía más que hombres de baja estofa, sujetos, tal vez, de buen corazón, pero de muy escasa delicadeza y gentualla rústica, desconfiada y maliciosa. El oficio que desempeñaba en Sevilla empezó á pesarle y en la primavera de 1590, al volver de Carmona, supo que había tres ó cuatro empleos vacantes en las Indias, uno la contaduría del nuevo reino de

Granada, otro la de las galeras de Cartagena de Indias, otro la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala y finalmente, el corregimiento de la ciudad de la Paz. Escribió un breve y conciso memorial, recordando sus servicios y los de su hermano Rodrigo, que á la sazón era alférez en Flandes; en su memorial exponía, sin exageraciones, sus desgracias y exponía el estado y la condición en que se hallaba y suplicaba que se le concediera uno de los empleos citados.

Como Miguel no tenía recomendaciones ó no supo emplearlas, no tardó mucho á recibir la contestación negativa á su carta. El año 1590 fué muy terrible para Cervantes. El oficio que desempeñaba para el aprovisionamento de la Armada iba poniéndose cada vez más malo. Tal Salvador de Toro de Guzmán, vecino de Teba, recaudador mayor de las tercias reales, se querelló ante la justicia porque cierto Nicolás Benito, ayudante de Miguel de Cervantes, se le había presentado en Teba, no queriendo de manera alguna reconocerle autoridad, llegó á la cilla, forzó las puertas y sacó mil ciento treinta y siete fanegas y media de trigo y quinientas ocho y media de cebada, que según Salvador de Toro, pertenecían á las tercias. Con este motivo se siguió un pleito y para responder á los cargos formulados con este motivo, se hallaba Miguel en agosto de 1592 en Sevilla. En esta época el editor Rodrigo Osorio ofreció á Cervantes representar seis comedias que él compusiese. A 5 de septiembre firmaron Cervantes y Osorio ante el escribano Luís de Potras un contrato, por el que Cervantes se obligaba á componer, desde aquel día, en el tiempo que pudiese, seis comedias con argumentos y títulos que á él le pluguiesen,

y á entregárselas á Osorio escritas en letra clara y una á una. Por su parte, Osorio se comprometía á representar cada una de ellas á los veinte días de haberla recibido y á pagar por cada una 50 ducados, con tal « pareciese que era una de las mejores comedias que se habían representado en España », la cual cantidad debía de entregársela Osorio dentro de los ocho días posteriores á la representación, y si á los veinte días de entregado el manuscrito no la representaba, se daba por supuesto que le parecía bien, y estaba obligado á pagarla como si la hubiese representado. ¿ Escribió Cervantes estas comedias ? No sabemos que lo hiciera ni parece probable, pues no tuvo tiempo para ello. A los pocos días de haber firmado el contrato con Osorio, el comisario y corregidor de Ecija, Don Francisco Moscoso, le tomó preso en Castro de Río. Se le acusó y se le condenó por haberse apoderado contra derecho de trescientas fanegas de trigo del pósito de Ecija y por haberlas vendido sin su permiso. Se le intimó á que restituyese el trigo y lo depositase de nuevo en el pósito de Ecija ó á pagar su importe á catorce reales la fanega y se le imponía una multa de seis mil maravedises para gastos de guerra y las costas del proceso. Muy poco debió de durar la prisión de Cervantes. Demasiado largo sería averiguar la verdadera razón por que se le llevó preso: él gozaba la confianza de su superior, don Pedro de Isunza, quien tenía muchos, muchísimos enemigos, y no sólo á él, sino también á sus amigos querían hacer daño.

Otra grave desventura debió de sufrir Cervantes. Como he tenido oportunidad de indicar, no sigo orden

cronológico en estos preliminares á la lectura del *Quijote:* la desventura á la que me refiero y de la que fué víctima inocente, nuestro autor, sucedióle en Valladolid.

Don Gaspar de Ezpeleta, íntimo amigo y comensal del marqués de Falces, D. Diego de Croy y Peulín, capitán de los archeros del Rey, era uno de los Don Juanes que paseaban con harta fortuna por las calles de Valladolid.

Con motivo de las justas celebradas en obsequio del almirante Carlos Howard, comandante de la escuadra que combatió á la *Armada Invencible* y que se apoderó de Cádiz, se hizo conocer don Gaspar de Ezpeleta, no por ninguna hazaña, sino por haberse caído del caballo vergonzosamente de puro borracho, según se trasluce de esta famosa décima de Góngora:

Cantemos á la gineta
y lloremos á la brida
la vergonzosa caída
de D. Gaspar de Ezpeleta.
¡Oh, si yo fuera poeta,
qué gastara de papel
y que nota hiciera dél!
Dijera á lo menos yo
que el majadero cayó
porque cayen en él.... etc.

Este tal señor Ezpeleta no era un valiente, sino un fanfarrón; no era enamorado, sino vicioso. No buscaba en las mujeres más que un pasatiempo, no reparando en la clase ó condición á que las mujeres á quienes alagaba pertenecían, pues así hacía el galán con una doncella de honesto parecer, como con una ramera ó fregona del más humilde y bajo arreo.

En la primavera y estío de 1605 trataba ilícitamente con la mujer de un escribano llamado Galbán. Esta infiel mujer, en su amor desenfrenado que profesaba en favor de este depravado caballero, llegó á entregarle las prendas más caras y de más aprecio, como los anillos de boda que le habían sido regalados por su marido.

El día 27 de julio, fué acuchillado el caballero Ezpeleta, junto á la casa de Cervantes. El desgraciado mozo antes de los dos días se murió y Cervantes y toda su familia y todos sus vecinos y vecinas fueron presos y procesados luego. Del proceso formado por Villarroel salieron todos limpios y volvieron brevemente á su vida ordinaria. A la sazón tenía Cervantes sesenta años.

La larga y dolorosa experiencia que Cervantes adquirió durante su cautiverio en Argel y su estadía en Constantinopla, le proporcionaron argumento para cuatro comedias, tres de las que muy interesantes, para su carácter autobiográfico: *El trato de Argel*, de que ya hice mención, *Los baños de Argel* y *El gallardo español*. En éstas, presenta Cervantes aventuras, que á él mismo pasaron y que narró en su muy interesante relación de *El cautivo* y en otras partes; son recuerdos dramáticos de su vida, que en el corazón le quedaron impresos. En *La gran sultana* describe con viveza y verdad la vida en Constantinopla.

De los libros de caballerías sacó Cervantes una extraña comedia fantástica titulada *La casa de celos y selva de Ardenia*; en ella aparecen el emperador Carlomagno, Reinaldos de Montalbán, Roldán, Bernardo del Carpio, el traidor Galalón, del que hace especial

mención en « El Quijote » como tendremos oportunidad de ver, Angélica y demás personajes de la leyenda caballeresca del ciclo carolingio.

Cervantes fué el primero que representó en el teatro español al tipo puro de libertino, que se arrepiente y vuelve santo. Este asunto muy curioso lo expone con arte extraordinario en el drama *El Rufián dichoso*, cuyo protogonista, Cristóbal de Lugo, infamador, asesino y matón de oficio, que llena con la fama de sus fechorías y desafueros las ventillas de Toledo y compás de Sevilla, nos llama á la memoria al ventero que Cervantes describe en el *tercer capítulo*, de la primera parte de su *Quijote*, en que recuerda el *compás de Sevilla*, *las ventillas de Toledo y otras diversas partes*, *donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos*, *haciendo muchos tuertos*, *recuestando muchas viudas*, *deshaciendo algunas doncellas*, *y engañando algunos pupilos y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España.*

Él, no nos aparece contrito penitente, en hábito de fraile, asombrando con su virtud, piedad, mortificaciones y milagros á la ciudad de Méjico y muriendo en olor de santidad como el *Rufián Dichoso*, pero también él nos aparece algo mejorado, á lo menos, se *ha recogido lejos* de las ciudades y castillos, vive apartado del mundo, á pesar de conformarse de vivir no *con su sola hacienda sino también con las ajenas.*

La acción del drama titulado *El Rufián dichoso* se desarrolla, en Valencia, en un mundo muy diferente de cuanto Cervantes había visto, con haber visto tanto; un mundo que había de causar grandísimo trastorno en sus ideas y sensaciones, porque no créais que tan

repugnante levadura social vivía apartada del movimiento y comercio con las demás clases, sino muy al contrario. Las mujeres de la mancebía andaban á todas horas solas y sueltas por la ciudad y sus alrededores y el tráfico de la mala vida que traían no les quitaba de ser muy devotas y creyentes. Llegaba la cuaresma y aquellas mujeres en corporación, como un colegio, vestidas de obscuro y con medio manto á la cabeza, íbanse á confesar y comulgar, á hacer ejercicios espirituales y pláticas piadosas.

Cristóbal de Lugo era un protector de estas mujeres y Cervantes quiso pintar, en su comedia, el cuadro de sus depravadas costumbres, de sus depravados instintos y, especie en el primer acto de su trabajo, logró su intento.

El señor Jaime Fitzmaurice Kelly en su *Historia de la literatura española*, llama *entremés* ó *sainete* á la comedia de Cervantes *Pedro de Urdemalas*. A pesar de existir muy poca diferencia, mejor, todavía, hubiera sido que la llamara *sainete*, aun cuando no considere también tal denominación demasiado exacta y precisa. Por su extensión (es una comedia en tres actos) nunca se le puede llamar *entremés*, porque no pudo, de manera alguna, ser representada entre los intervalos de una comedia; es, sin duda, una comedia de carácter jocoso y burlesco, pero no tan breve que se pudiese representar en los intervalos de otro trabajo dramático. Tampoco, como he observado, puede atribuirse, según mi juicio, al género llamado *sainete*, por ser demasiado extenso. Es más bien una comedia de costumbres en que, en sus donosas escenas, con mano maestra, Cervantes pintó á unos tipos gitanos andaluces.

La comedia *Entretenida* es un juguete cómico, en que Cervantes se propuso tan sólo hacer reír á su público y debió de conseguirlo y, quizás, que hoy en día también no lograra su intento, si se sacara á la escena y se representara como es debido, esto es, con todos los necesarios aparatos escénicos, y cada papel fuera desempeñado por artistas aprovechados.

En los *entremeses* de Cervantes, que hoy en día siguen representándose, con cierto éxito y aplauso, llama nuestra atención el conocimiento que de ellas desprende poseer su autor de la humanidad, de sus ridiculeces, debilidades é imprudencias, así como nos sorprenden y regocijan el chiste de las palabras y el de situación.

De estos entremeses hay dos compuestos en verso: *La elección de los alcaldes de Daganzo* y *El rufián viudo.*

En prosa llana, castiza, graciosa, fresca y lozana, llena de sal, escribió: *El juez de los divorcios*, *El retablo de las maravillas*, *El hospital de los podridos*, *La cueva de Salamanca*, *El vizcaíno fingido*,[1] *La guardia cuidadosa* y *El viejo celoso.*[2]

Vamos ahora á tratar brevemente de las *Novelas Ejemplares*, del *Viaje al Parnaso* y del *Persiles y Sigismunda.* No seguiré un orden cronológico perfecto, en el breve examen que haremos de estas obras: cronológicamente, no hubiera tenido que hablar por último

---

[1] García Manuel José, *Estudio crítico acerca del entremés « El Vizcaíno fingido »*, *de Miguel Cervantes de Saavedra.* Obra premiada con mención honorífica por la Real Academia.

[2] Díaz de Escovar (Narciso), *Apuntes escénicos cervantinos, ó sea un estudio histórico y bibliográfico de las comedias y entremeses escritos por Miguel de Cervantes....* Madrid, Apalategui, 1905, 8°, 79 págs.

del *Quijote:* los libros que examinaremos, no tienen unos relación con otros, y podemos, pues, examinarlos independientemente.

Las Novelas Ejemplares son obra literaria perfecta: completan y redondean, diré así, la personalidad literaria de Cervantes: son trece ó catorce obras maestras, que, por sí solas, sirvieran para dar fama á un autor. La lengua de *Las Novelas Ejemplares* es aún más correcta que la del *Quijote*, á pesar de ser muy correcta también la del libro sublime.

Enumerándolas á la ligera recordaré *La Gitanilla*, hermosísima pintura de las costumbres de los gitanos, que sirve de fondo á la figura de Preciosa, bellísima doncella, casta, honesta y altiva, discreta, amiga de la sociedad, gallarda gitana, que resulta ser hija de noble familia y en la que se relatan sus amores con un caballero que se mete en la cofradía de los gitanos para seguir á Preciosa: la hermosa y gallarda Preciosa sirvió de modelo para la « Mignon » de Goethe y la « Esmeralda » de Victor Hugo.

Cervantes pensaba y ponía en boca del paje de *La Gitanilla:* « No es malo ser poeta, pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga ó sea razón que la muestre ». Cervantes, sin embargo, no supo usar de la poesía como de *joya preciosísima*, porque en Cervantes poeta buscaréis el genio, mas no lo encontraréis: Cervantes, vuelvo á repetirlo, fué poeta mediocre, muy mediocre y al afirmar tal cosa no es menguar su fama.

Las dos doncellas y *La fuerza de la sangre*, son dos novelas de intriga amorosa, inspiradas en la manera de los novelistas italianos. Profundo estudio psicológico de las locuras discretas es la novela *El licenciado Vidriera*; muy interesante y curiosa es la novela ya recordada, que lleva por título *Coloquio de los perros*; una de las mejores es, sin duda, la divertida y dramática novela titulada *El celoso extremeño*;[1] *La ilustre fregona* (criada que sirve en la cocina y friega) es una novela de amores cuya acción se desarrolla en un medio ambiente toledano. En fin recordaré las tres peregrinas narraciones picarescas de *El casamiento engañoso*, *Rinconete y Cortadillo*, que son muy dignos hermanos de LAZARILLO DE TORMES y de GUZMAN DE ALFARACHE. *Las Novelas Ejemplares* son un reflejo de la vida de Italia, de Sevilla y de Toledo, que en Italia, en Sevilla y Toledo se desarrolla la acción de la mayor parte de ellas.[2]

El viaje al Parnaso, abarca, según escribe Francisco Navarro y Ledesma,[3] la época más grande y memorable en la existencia de su autor, la en que el hombre olfateando cercana la muerte, quiere decir á

---

[1] Cfr. en *España Moderna,* mayo de 1910, *El celoso estremeño de Cervantes y una novela de Straparola,* por FERNANDO DE ANTÓN DE OLMET.

[2] Muy buena edición de *Las novelas ejemplares.* Valladolid, Yorge Montero, 1905, 4º, 2 vol. de 337 y 378 págs. Muy esmerada edición es también la de la *Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros,* Madrid, Hernández y Compañía, 1901, 180 págs (de la *Biblioteca Universal*). Cfr. también: *Las Novelas Ejemplares de Cervates. Sus críticos. Sus modelos literarios. Sus modelos vivos y su influencia en el arte.* Madrid, V. Suárez, 1901, 279 págs.

[3] LEDESMA y NAVARRO, *Lecciones de literatura.* Tercera Parte. Madrid, Imprenta Alemana, 1907 (pág. 296).

los futuros tiempos lo que él ha sido y lo dice, entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida.

Yo, verdadera y francamente, no creo que con su *Viaje al Parnaso*[1] haya realizado Cervantes *obra maciza y sólida:* él quiso hacerse justicia como poeta, ya que su siglo no se la hacía; y suponiendo el Parnaso asaltado de los malos poetas, fingió que Mercurio descendió en España á solicitar el socorro de los buenos, y le tomaba á él mismo por guía por elegirlos. Cervantes, como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la expedición. Bien se deja ver cuanto prestaba para la sátira y el elogio esta invención ingeniosa, que se ha hecho, hoy en día, demasiado común. Pero la obra escrita, por su mal, en verso, se resiente en todas partes de la incapacidad de Cervantes para versificar. A mí gusta más, mucho más, la *Adjunta al Parnaso*, diálogo en prosa, que añadió al *Viaje.* Cervantes compuso esta obra veintiún meses antes de morir y la dedicó á un joven que no pasaba de los quince años: este joven llamábase D. Rodrigo de Tabia y era caballero del hábito de Santiago.

El 19 de abril de 1616 escribió Cervantes la dedicatoria al gran Conde de Lemos de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda;* para entretener las ociosas horas del conde de Lemos y de sus aristocráticas relaciones, compuso Cervantes los dos primeros libros del *Persiles.*

---

[1] Dignas de recordación son «Due illustrazioni al *Viaje al Parnaso* del Cervantes», que publicó el muy ilustre senador don Benito Croce, en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo*, t. I, págs 161-193.

La dedicatoria de este libro al conde de Lemos la escribió cuatro días antes de morir.

En la recordada mi « Collección de trozos en prosa y verso[1] » al tratar de la última obra que escribió Cervantes decía « con la competencia que le distingue, se ha ocu- » pado [del *Persiles y Sigismunda*] el profesor Pablo » Savj-López, en el primer número de los *Studi di filo-* » *logia moderna.*[2] » El itinerario que los personajes del *Persiles* van siguiendo hasta Roma, es el mismo que siguió Cervantes cuando joven, acompañó al cardenal Acquaviva. En su desilusionada vejez reaparecía á los ojos del anciano poeta la esplandorosa visión de Italia, de donde él se créía desterrado y á la que tan honda y sinceramente amó. Los primeros dos libros son puramente imaginativos y fantasiosos y se dirigen á una parte del público á quien Cervantes imaginaba ansiosa de nunca experimentadas sensaciones, codiciosa de nunca vistos y oídos sucesos.

Terminados los dos primeros libros, se le ocurrió á Cervantes esta humana consideración, con que empieza el tercero: « Como están nuestras almas siempre en » continuo movimiento y no pueden parar ni sosegar » sino en su centro....: no es maravilla que nuestros » pensamientos se sucedan, que éste se tome, aquél se » deje, uno se prosiga y el otro se olvide, y el que más » cerca anduviese de su sosiego, ese será el mejor, » cuando se mezcle con error de entendimiento. »

Magnífica es la descripción que Cervantes hace de la ciudad de Lisboa y espléndido es lo que escribe

[1] Cfr. página 20 y siguiente.

[2] Anno I, fascicolo 1-2, gennaio-giugno 1908, *Studi di filologia moderna*, Catania, Via Caronda, 270. Direttore è Guido Manacorda.

del río Tajo, cuando los viajeros desde sus riberas divisan las torres y muros de Toledo.

Los trabajos de Persiles y Sigismunda es una novela de aventuras, llena de imaginación, escrita en hermoso y correcto estilo. Si en los dos primeros libros Cervantes mostró cuan poderosa y fértil era aún su fantasía y como acertaba á entrever, cuando se le ofreciera la oportunidad, desconocidos mundos é ignotas regiones, y á provocar en el ánimo de quien le leyese esas excitaciones nuevas cuyos resortes poseen sólo los grandes escritores, en cambio, al continuar su obra, el solariego, el castellano realismo iba de mano en mano apoderándose de su pluma, los personajes de la fantástica narración iban cobrando vida, los episodios é incidentes á la verdad se acercaban, los lugares representaban paisajes, ciudades, ríos, bosques conocidos y verdaderos y, hasta el lenguaje, adquiría una precisión, claridad y fineza, ni siquiera por el mismo autor superada en ninguna otra obra suya.

Muchos imitaron á Cervantes en su *Persiles;* bellas imitaciones y dignas de aprecio son el *Caballero venturoso* de Juan Valladares de Valdelomar; el *León prodigioso*, de Cosme Gómez Tejada de los Reyes. En su *Historia moscóvica de Eustorgio y Clorilene*, Suárez de Mendoza y Figueroa, intentó imitar á Cervantes, sin lograr su propósito y lo mismo se diga de Francisco de Quintana, en su *Hipólito y Aminta.*

Cervantes no llegó á ver impresa su última obra, pero sí terminada y corregida y revisada y limada por él, con tanto amor, como nunca había empleado en la corrección de las demás sus obras.

En la próxima lección, después de haberos hablado

muy sintéticamente de la vida de Cervantes y de sus obras menores os hablaré del más gran libro con que cuenta la literatura castellana, del gran libro en cuya lectura he transcurrido tantas horas de verdadero deleite intelectual.

II.

EL QUIJOTE.

En nuestra lozana juventud, cuando la diosa Fantasía imprime sobre nuestra frente su más ardoroso y cálido beso, todos soñamos con nuestras hazañas caballerescas y heroicas; y lejos, infinitamente lejos de la tierra, de esta mísera tierra, en que parece vivimos desterrados, por las sonrosadas campiñas resplandecientes por la vivificadora luz del sol, vislumbramos almenados castillos y palacios encantados, pareciéndonos conquistar á la más hermosa, entre todas las mujeres, cuya hechicera mirada nos alienta, anima y enaltece. Al atrevido y alto vuelo, sigue muy pronto é inevitablemente la terrible caída en este mundo vulgar y prosaico y nuestros sueños se derriten no apenas nos hallamos frente á frente con la tremenda realidad. Nunca, este nacer y morir de nuestros sueños y deliquios, ha sido más fielmente descrito como en « El Quijote » y en toda la novela inmortal, á pesar de ser el fondo exclusivamente español, y las costumbres allí pintadas de pertenecer á un pueblo que hállase bastante lejos de nosotros, todos los hombres del viejo mundo y todos los

del nuevo, encontramos algo, antes, mucho que corresponde á los sentimientos y experiencias de cada hombre, encontramos algo, antes, mucho, que hace vibrar alguna cuerda de nuestro corazón, de nuestra alma.

La obra divina de Cervantes, primero no es sino la muy graciosa parodía de los libros de caballerías de su tiempo; luego, el horizonte del célebre autor se ensancha y entonces la Comedia de Don Quijote y de Sancho Panza, deja de ser la comedia de estos dos sublimes personajes y empieza á ser la comedia de toda la humanidad.

Cervantes, consabidor del inmenso alcance de su altísima inteligencia y de su despabilada fantasía, queriendo crear una obra que fuera superior á todas las demás que hasta entonces se habían escrito, reunió, en su libro, todas las experiencias de su vida, y entrególo en poder de la inmortalidad.

Como Don Quijote hallábase ya en avanzada edad cuando empezó su vida aventurera, así Cervantes era hombre de muy sazonado ingenio cuando pensó en la más original de sus obras y, por esto, pudo eficazmente aprovechar todas las experiencias de su larga, afligida y trabajosa vida.

Los escritores italianos influyeron sobre Cervantes: PULCI, BAJARDO etc., pero, sobre todo, él es discípulo de nuestros grandes maestros: ARIOSTO, TASSO, TANSILLO, BEMBO y en las descripciones de las fuentes, de los campos, de la vida pastoral imita á Sannazaro: un pedazo de la Arcadia penetró en el libro sublime. A pesar de lo dicho, Cervantes, sin embargo, concibe sus pensamientos y los reproduce con aquella singular pericia que á tan gran escritor se conviene, no imita

servilmente á ningún autor, él crea y no sigue ninguna ley literaria conocida.

Voltaire, al tratar en sus *Misceláneas,* que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse y que las obras que más admiramos son imitaciones de otras más antiguas, sostiene que el tipo de Don Quijote fué el Orlando del Ariosto.

Yo pregunto: ¿cuál es la relación que puede haber entre dos locos de manía tan diferente? ¿Entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? ¿Entre un libro de caballerías y una sátira de semejantes libros? « El Quijote », no obstante de haber sido su autor discípulo de nuestros grandes maestros, no tuvo modelo y hasta hoy carece de imitadores; es una obra que presenta todos los carácteres de la originalidad y del genio.

Su publicación fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería; y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan fácil y gratamente acogidos, desapareció de tal modo que ya sólo en « El Quijote » dura la memoria de que fueron triunfo admirable y singular, digno del mérito de la obra y gloria, en que autor ninguno puede competir con Cervantes.

« El Quijote », como se desprende del *Prólogo,* se engendró en una cárcel y precisamente en aquella cárcel que, con eficacia, aun con demasiada fantasía describe Ledesma y Navarro, y de la que volveré muy luego á hablar, y el fin que se propuso Cervantes — como he indicado más arriba — fué, como él mismo dice, *deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los libros de caballerías.* Para conseguirle,

como muy oportunamente escribe Juan Antonio Pellicer y Saforcada,[1] finge un caballero andante maniático que, agitado de ideas caballerescas, sale de su casa en busca de aventuras, con la manía de resucitar la orden ya olvidada de la caballería; y para ridiculizar más plenamente estos mismos libros ridiculiza al mismo héroe disponiendo que las acciones y aventuras, que en los demás caballeros se representan serias y graves, surtan en Don Quijote un efecto ridículo y terminen en un éxito jocoso. De suerte que Don Quijote de la Mancha es un verdadero Amadís de Gaula, pintado á lo burlesco; ó, lo que es lo mismo, una parodía ó imitación ridícula de una obra seria. Efectivamente, en esta fábula se hallan la imitación fiel, la fina ironía, la oportunidad, la naturalidad y la verisimilitud, que son los requisitos, que se piden en las parodías ingeniosas y picantes. Este artificio de presentar por una parte á este héroe estrafalario con serios coloridos de la burla y del donaire respecto á los lectores, que miran sus sucesos como son en sí y como dignos de risa, es nuevo en este género de libros y es ingeniosísimo, y abre al poeta camino desembarazado y campo espacioso para esparcir y derramar por el de su historia un caudal inmenso de sales, gracias y jocosidades.

Además de este fin principal se propuso Cervantes otro, que puede llamarse parcial ó secundario. Este es la reprehensión en general de las costumbres de su tiempo, para la cual usa de una perpetua y fina sátira, dignamente ponderada por el muy bizarro é inteligente

---

[1] *Discurso preliminar al Quijote*, Madrid, 1797.

militar del cuerpo de artillería Vicente de los Ríos, hijo del segundo Marqués de las Escalonias, en su *Análisis del Quijote,*[1] en el que, si no hay gran profundidad, hay mucha ponderación, estilo elegante y arte, en poner en relieve las grandes bellezas de la obra que propuso analizar.

El estilo que Cervantes emplea en todas sus obras y especialmente en « El Quijote » es digno de uno estudio especial.

El barcelonés D. Antonio de Capmany y de Montpalau en su notable artículo sobre Cervantes[2] con mucha razón decía que dudaba y siempre dudaría que los extranjeros sean capaces de conocer el verdadero mérito y buen lenguaje de Cervantes; las lánguidas, frías y estropeadas traducciones que se han hecho fuera de España confirmaban en él su sospecha. En efecto ¿cómo podrán los que no conocen la lengua castellana, ó la conocen sólo á medias, penetrar debidamente el talento exquisito de este autor, cuando ameniza y engalana su locución con frases burlescas, dichos festivos y voces graciosas; cuando sazona el lenguaje de Sancho con plausibles refranes y naturales alusiones; cuando Don Quijote imita los idiotismos caballerescos y los términos anticuados; cuando, finalmente, adorna el diálogo de los demás interlocutores con todos los donaires y delicados equívocos de la expresión castellana, si entre los mismos españoles, muy á menudo, ocurre que sólo las personas que poseen á la perfección la lengua, saben exacta y cabalmente interpetrar y desentrañar el sen-

---

[1] *Analisis del Quijote,* Madrid, 1780.

[2] *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española.* Madrid, 1786, 188, cuatro vols.

tido de no pocas palabras? El principal mérito del estilo de Cervantes, cuando no satiriza á sus contemporáneos ó á los imitadores de los hermanos Góngora y á sus seguaces, ó cuando no imita los idiotismos caballerescos, ó los términos anticuados, es la pureza y propiedad de la dicción y la claridad y hermosura de su frase; calidad apreciable, que le hace comprehensible y agradable á las gentes más ignorantes y ruda. Esta general aceptación comprueba que el estilo es generalmente llano, natural y conveniente á la materia de su fábula, sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad: es sencillo sin languidez, llano, sin bajeza, y popular sin indecencia.[1]

Este gran libro, como hemos visto, *se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación:* la cárcel, en que se engendró esta obra inmortal, fué descrita, como he dicho poco antes, por Ledesma y Navarro y de la descripción que él hizo voy á leeros unos párrafos.

---

[1] Cfr. por lo que al idioma y al estilo del *Quijote* se refiere: BENEDICTO (J. M.), *Léxico de Cervantes*, con una carta-prólogo de Joaquín Dicenta. Madrid, imp. de los Hijos de M. G. Hernández, 1905, 8°, 42 págs; CEJADOR Y FRAUCA (Julio), *Le lengua de Cervantes, Gramática y Diccionario de la Lengua Castellana en «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha».* Obra premiada en el Certamen público, abierto en el Ateneo de Madrid, con ocasión del tercer Centenario de la publicación del *Quijote*, Tomo I: *Gramática.* Tomo II: *Diccionario.* Madrid, Est. tip. de Jaime Ratés, Plaza de San Javier, número 6, 1905 (*Gramática,* 4°, XII-571 págs; Diccionario, 4°, XVIII-680 págs); GALIANA CERVANTES (P.), *Prontuario para los lectores de «Don Quijote de la Mancha». Versión al castellano vulgar de palabras y frases anticuadas, de uso poco frecuente, y noticia sucinta de los principales personajes históricos, caballerescos y mitológicos que se citan en la obra.* Cartagena, imprenta de P. Arévalo, Serreta 20 y 22, 1905, 4°, 108 págs.

« Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Se-*
» *villa* y al sainete del mismo título, que compuso el
» discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla, licenciado
» Cristóbal de Chaves y que Gallardo atribuyó á Cer-
» vantes con error manifiesto, conocemos punto por
» punto aquel inverosímil rincón de la vida española,
» en los últimos años del siglo XVI. Por dichas obras
» sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento
» cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por
» allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se juga-
» ban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban
» en otros vicios peores y salían tan guapamente para
» *el servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil
» ochocientos presos que escondía aquel caserón: cono-
» cemos sus tretas, mañas, mohatras, triquiñuelas y
» artilugios para ganarse la vida ó la muerte, su fan-
» farria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento
» y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras,
» simplezas y niñerías. — El hombre que tenía á su
» cargo diez ó doce muertes, y á quien le habían cosido
» las tripas y remendado las asaduras sin que pesta-
» ñease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso
» listo de pluma porque le escribiera una carta amo-
» rosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernardo
» quedó con padre y madre conocidos (los de la mance-
» bía), y porque en el mensaje chorreara los más retum-
» bantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final
» un corazón ó almagre, ó le figurase al mismo hombre
» con grillos y amarrado por una cadena á la boca de
» su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

» Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vi-
» cios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos

» centenares de individuos peores que ellos, puesto que » á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sier- » pes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos » de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y » les empinaba los mostachos; cuál andaba á la reba- » tiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas » de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin » contar los pastorcillos, que eran unos palos aguzados » y con la punta quemada que pasaban á un hombre » lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en » las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que » era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los » tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con be- » rrugueta; otros eran águilas en manejar el corta- » frío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en » rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres » bajo las camas amontonándolas en camisa ó en cue- » ros, como si fuesen tarugos de madera.

» Por el día y de noche hasta las diez, en la cárcel » había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie » se le preguntaba la causa de que entrara ó saliera » como no fuese preso, y aun éstos, no siendo de los » graves, salían también mediante su cumquibus al » alcaide, al sotalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, » que eran otros presos, pues no había en el caserón » nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y » servidor de los criminales. Toda aquella morralla se » mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel lleva- » ban una vida floreciente, y de lo que cada cual pu- » diera agenciarse, pues ha de entenderse que allí nadie » demandaba rancho ni comida, sino era por caridad » y aprovechando la común largueza de los presos. Los

» puestos de la cárcel, alcaide, sotalcaide, bodegoneros, » porteros y demás, eran cargos envidiados por los » productivos; el de verdugo era tan lucrativo como » el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar » antes por apretar más ó menos los cordeles y el po- » breto que había de sufrir la tortura sacaba de las » entrañas de la tierra los escudos para no quedar » cojo, manco ó quebrado.

» Bien da á entender Cervantes que el ruído y la » incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, » á la baraúnda y estrépito de tantos entrantes y sa- » lientes, había que sumar el estruendo de las riñas y » zurizas, los gritos, cantes y bailes flamencos y el dis- » putar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas » de los presos, pero en el mismo edificio, las presas » pasaban todo el santo día cantando en coro, acom- » pañadas de vihuela y de arpa ó laud las seguidillas » recientes:

» Por un sevillano
» rufo á lo valón
» tengo socarrado
» todo el corazón....

» Otras veces les recogían las guitarras é instru- » mentos de cuerda, y era peor, porque entonces lle- » vaban el són traqueteando con los mismos grillos que » en manos y piernas llevaban.

» A puros gritos y al través de las paredes, se en- » tendían con sus hombres y les hacían declaraciones » amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de » los enamorados, como las de *las chuchas* en la actual » Galera de Alcalá. — ¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, » que mañana salgo! !Envíame un contento, vida mía!

» ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, » valeroso!... — Ruidosas eran las alegrías, silenciosas » las pendencias. El *hombre*, con las tripas fuera, ca- » llaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en » la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien » menos culpa tuviese.

» La trisca y la zumba eran mayores cuando había » sentenciado á muerte: entonces la cárcel entera vi- » braba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y » halagar al condenado, y más cuanto mayores fueran » la serenidad de su rostro y el sosiego del sus pala- » bras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, » menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado » continuaba impertérrito su partida de naipes, y si » podía, á dos pasos de la soga, les soltaba cuatro é » cinco floreos para salarles los cuartos á sus com- » pinches.

» Tampoco se burlaba con la devoción. En cada » cámara y en los aposentos ó celdas de los que esta- » ban separados había una, dos y más imágenes, ante » las que se renovaban á toda hora las candeleras de » cera ó de aceíte: Cristos patibularios, pintados con » azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos » milagreros, iluminadas con los más extraños y fan- » tásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, » todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces en- » cendidas. Encendíanse también las del altar que en » el fondo del patio grande había, y el sacristán, re- » benque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á » todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer » con que estaban entretenidos, y mil ochocientas vo- » ces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y

» femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo
» y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que
» hiela los huesos de quien por primera vez las escucha.
» Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte,
» cantaban con la misma devoción, atarazados por el
» miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les
» salvaran, para volver á sus correrías y bandidajes ».[1]

« El Quijote » pues se engendró precisamente en esta cárcel, *donde*, como claramente se desprende de la citada descripción, *toda incomodidad tenía su asiento y donde todo triste ruído hacía su habitación.*

El libro sublime empieza: « En un lugar de la « Mancha[2] de cuyo nombre no quiero acordarme ». ¿ Cuál era este lugar ? ¿ Por qué *de cuyo nombre* no quería acordarse Cervantes ?

El lugar de la Mancha de cuyo nombre no quería Cervantes acordarse es, sin duda, *Argamasilla de Alba.*[3] Juan Eugenio Hartzenbusch escribe en su prólogo al *Quijote de Argamasilla:* « Algún lance poco gustoso le
» debió suceder en él, pues en verdad que no merece
» desdén ni olvido aquella población, linda y no pe-
» queña, de buen vecindario, adornada de alamedas,
» sentada en llano y fértil suelo, regado por el Gua-
» dana, que toca las casas espaciosas y bien construídas
» en calles anchas y tiradas á cordel, como apenas se

---

[1] *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.* Sucesos de su vida contados por FRANCISCO NAVARRO LEDESMA. Año de 1905, Madrid, imp. alemana, 4º, 617 págs (véase págs 391, 392, 393 y 394, en parte).

[2] A. BLÁZQUEZ, *La Mancha en tiempo de Cervantes.* Madrid, imp. de Artillería, San Lorenzo, 1905, 4º, 31 págs.

[3] BRIONES PARRA (Antonio), *Cervantes y Argamasilla.* Madrid, 1904, folio, 4 hojas.

» ven en otro pueblo alguno de España. Dícese que » habiendo aceptado Cervantes una comisión de apremio contra los vecinos de Argamasilla, hubo de faltar » alguna formalidad á los documentos que traía, falta » de que se valió la justicia para ponerlo preso en la » casa de un tal Medrano, cuya cueva servía de cárcel » por no haberla en el pueblo: se añade que fué principal fautor de la prisión D. Rodrigo Pacheco, hidalgo » ó caballero pudiente, quejoso de que hubiese Cervantes dirigido requiebros á una hermana ó sobrina » suya » (ó según dice Navarrete),[1] « cierto chiste picante ». « Se cuenta además que D. Rodrigo Pacheco » había estado loco en alguna ocasión, y no andaba en » otras del todo cuerdo: cítase, en prueba, una inscripción existente desde principios del siglo decimoséptimo en la parroquia de Argamasilla.

» En el crucero de la iglesia, y al lado del Evangelio, hay un altar con su retablo de madera dorada, » obra indudablemente de la época del tercer Felipe; » el fondo del retablo lo llena un lienzo al oleo que » representa á Nuestra Señora entre ángeles en los » aires, y abajo (en oración, con las manos juntas) una » dama y un buen señor, ella joven, y menos joven él, » de rostro largo y estrecho, ojos espantadizos y largos » bigotes, á quien no acomodaría mal el título de Caballero de la Triste Figura. Debajo del lienzo, en » un plano que ofrece el retablo, se ve en caracteres » negros, sobre fondo, como ya se ha dicho, de oro, el » siguiente letrero, fácilmente legible, aunque tiene » muchas letras embebidas en otras:

[1] M. Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel Cervantes de Saavedra.* Madrid, 1835

› *Apareció nuestra señora á este caballero estando*
» *malo de una enfermedad gravísima, desemparado de*
› *los médicos, víspera de San Mateo, Año MDC.I en-*
» *comendándose á esta V. y prometídole una lámpara de*
» *plata, llamándola de día y de noche del gran dolor,*
» *que tenía en el centro de una gran frialdad que se le*
» *cuajó dentro.*

› Se asegura ser el caballero anónimo don Rodrigo
» Pacheco, enemigo que fué de Cervantes, convertido
» por él en el hidalgo célebre de la Mancha: aquél, se
» dice, es el retrato de Don Quijote: y con la frialdad
» que se le cuajó en el cerebro se indica haber sido
» locura la enfermedad gravísima del doliente. Se
» muestra también á la orilla del pueblo un solar de
» casas, de la cual queda sólo ya algo de las paredes
» y afírmase haber sido allí la morada de D. Rodrigo,
» casa de Don Quijote. Aun muestran el hueco de la
» ventana correspondiente al cuarto, en que puso Cer-
» vantes los libros de Don Quijote por donde relegados
» á las manos vengativas del ama, volaron al corral,
» condenados al fuego *Esplandian* » hijo legítimo de Amadís de Gaula, el *Jardín de Flores*, que se fué *al corral por disparatado y arrogante* y el *Caballero Platir*, antiguo libro, que acompañó á los demás y muchos otros, que se recuerdan en el VI capítulo de la Primera Parte del libro cuya lectura muy pronto inicieremos.

Es muy, mucho importante lo que se lee en este trozo de Hartzenbusch para determinar la *personalidad* del protagonista de la obra inmortal de Cervantes. En un magistral discurso académico de don José Maria Asensio, hay trozos de importancia ponderable, en que, con argumentos de gran peso, el muy ilustre cer-

vantista sostiene que es « El Quijote expresión del alma » de su autor ».

« Cervantes fué un gran observador y conocedor » del corazón humano » afirma muy justamente don Juan Valera.[1] Sin duda, cuanto Cervantes había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda talla con quienes había tratado, le dieron ocasión y tipos para formar nuevos personajes tan verdaderos como los del *Quijote;* pero hay grande, grandísima diferencia y distancia de creer y afirmar esto, á creer y afirmar que todo es alusión y á devanarse los sesos para averiguar á quien alude Cervantes en cada aventura y contra quien dispara los dardos de su graciosa sátira, siempre benévola, siempre bondadosa y en toda ocasión falta de hiele. Y á propósito de la sátira que emplea Cervantes, muy justamente observa mi ilustre amigo, Arturo Farinelli,[2] como la sátira de Cervantes es la de un niño que sonríe; su ironía no es la de Rabelais, que pica y muerde, no es la sátira que se estriba sobre el odio y la antipatía que sus autores profesan para una ó más personas, como la sátira de Swift y Quevedo; no es la sátira maligna de Voltaire. Su mano gentil no supo nunca manejar ni el látigo ni el azote, así como, con tan gran maestría y acierto, había sabido usarlos Molière.

Demasiado queremos saber y conocer, demasiado averiguar, cuando se trata de una obra de arte de gran

---

[1] *Discurso sopra el Quijote y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* (Madrid, 1904).

[2] *Cervantes zur 300 Jahrigenfeier des Don Quijote.* Festrede, gehalten in Zürich aus 6 März 1905 in Austrage des Lesezirkels Hottingen von ARTURO FARINELLI.... München, 1903. Buchdruckerei der « Allgemeinen Zeitung », 4º, 39 págs.

valer y alcance, especialmente, si tal obra de arte pertenece al género literario. Conformémonos con lo que se lee en el libro y no busquemos adivinar el pensamiento del autor: admiremos pues esta obra de arte en sí y por sí, sin preocuparnos si su autor, á uno más bien que á otro personaje ha querido referirse. Tomemos las obras de arte tales cuales son y no cuales quisiéramos que fuesen: queriendo desentrañar el alcance simbólico de una obra de arte, muy á menudo ocurre que se desnaturaliza esta misma obra y si esta misma obra de arte se volviera á construír, según nuestros entendimientos, propósitos y juicios críticos, resultara, quizás, un aborto, un trabajo defectuoso y más que imperfecto. En el libro extraordinario de Cervantes, en este libro sin segundo, está la pintura más perfecta que de la humanidad ha podido ser trazada; por todo el libro se encuentra y se ve al hombre con todas sus aspiraciones, con sus virtudes y sus vicios, siempre acosado y obligado por perentorios afanes, pero siempre deseoso de subir á superior esfera. El comentario del *Quijote* no debe de buscarse muy lejos, está en el libro mismo: no hay que buscarlo en las ideas que en él se suponen ocultas. Cuando vosotros, mis queridos alumnos, habréis leído « el Quijote » pocos, muy pocos seréis los que habréis parado mentes en si Cervantes se propuso este ú otro; al conchúr la lectura del *Quijote* á nadie de vosotros habrá importado tal cosa. « El Quijote » es libro que, con gusto se lee toda la vida y que gusta lo mismo á la vejez cansada, que á la floreciente mocedad, pero es libro, según pienso, que debiera comenzar á leerse en la niñez, cuando se tiene el alma joven, clara y libre de preocupaciones. El pe-

netrar en las inagotables bellezas del *Quijote*, el deducir las infinitas consecuencias de este libro, no es labor que se pueda llevar á cabo en un breve curso de lecciones. Este libro sublime, como pocos libros, quizás como ningún otro, tiene el mérito excepcional de poder iniciarse y resumirse en pocas palabras, y ponerle así al alcance de todas las inteligencias y á la disposición de todos los gustos.

El señor don Edoardo Benot [1] refiere que Benjumea, en *La Verdad sobre el Quijote*, sostiene que *El Ingenioso Hidalgo* [2] es el mismo Cervantes, nacido para grandes empresas y condenado á cabalgar miserablemente sobre un rocín entre soez y desalmado En efecto, rebelde era el espíritu de Cervantes para las grandes injusticias del mundo, para aquellas que hacen garras y tienen raíz en lo más hondo de la naturaleza humana, nunca para las pequeñas desigualdades de la sociedad constituída. Don Quijote pelea con gigantes, no con gente villana y de humilde ralea. Don Quijote es rebelde contra la injusticia, el desafuero y la soberbia que oprimen á la humanidad y desea que nunca prevalezca la maldad y que los hombres vuelvan á las dulzuras y bienandanza de la edad de oro.

Polinous, en su *Interpretación del Quijote*, juzga que Cervantes quiso representar en su fábula el absolutismo monárquico y la opresión inquisitorial sobre las con-

---

[1] *Estudio acerca de Cervantes y el Quijote.* Madrid, Establecimiento tipográfico de Idamor Moreno, 1905, págs III-123.

[2] NICOLAS DÍAZ DE BENJUMEA, *La verdad sobre el Quijote.* Madrid, 1878. Este excelente trabajo, con algunas modificaciones, su autor, lo reimprimió en Barcelona, al frente de la gran edición del *Quijote* que, en 1881, publicaron los Señores Montaner y Simón.

ciencias. El Sr. Saldías, en su *Cervantes y el Quijote*, cree que Cervantes fué demócrata convencido, y que Don Quijote representa la aristocracia conservadora y Sancho la democracia pura.

El Sr. Villegas, en su *Estudio tropológico sobre el D. Quijote del sin par Cervantes*, ve, en los últimos capítulos de la primera parte de *El ingenioso Hidalgo*, claras indicaciones del sentido simbólico de la obra, condensadas allí para que los lectores comprendan el plan positivo y colosal ideado y acariciado constantemente por el héroe de Lepanto, en su empeño de reformar y corregir la sociedad. Según la opinión del Sr. Villegas la grandiosa epopeya de la humanidad escrita por Cervantes es toda simbólica. Nada de simbólico hay en este libro; si simbolismo hay, hay sólo en Don Quijote y en Sancho que personifican el ideal humano que tiende constantemente á las reformas sociales y al progreso. Don Quijote y Sancho son dos emblemas complementarios, no antitéticos. Don Quijote representa el elemento espiritual, lleno de abnegación y dispuesto al sacrificio para lograr el tiempo de sus anhelos. Sancho representa el elemento material, que va en par del elemento espiritual, que entra á su servicio y que está á su devoción, mientras no hay peligros para sus satisfacciones personales y su egoísta interés. Así, Don Quijote y Sancho quieren lo mismo. Don Quijote lo ansía rayando en lo heroico y lo sublime, para la libertad de los menesterosos y oprimidos; y Sancho lo apetece por deferencias y respeto á su señor y por sus esperanzas de medro, cifrado en el gobierno de una ínsula. ¡ Simbólico este poema ! ¡ Simbólicos los cuadros en que Cervantes retrata magistralmente la vida de

España de entonces, y especialmente la de la Mancha, con sus molinos de viento, sus ventas, sus carretas, sus cueros de vino! ¡ Simbólico lo que se refiere á toda Sevilla, con sus donairosos tipos, con sus hermosas mujeres, con sus interesantes tradiciones « lugar [Sevilla] tan acomodado á hallar aventuras, que en cada esquina se ofrecen más que en otro alguno! »[1] Si lo real es simbólico de lo real, entonces todo es simbólico en el mundo, y nada hay que objetar á quienes juzgan emblemático al *Quijote*.

Cuando Don Quijote pronuncia el discurso sobre las armas y las letras ó da consejos á Sancho sobre los deberes y responsabilidades de quien gobierna á los demás, es Cervantes mismo quien habla por boca de su escudero; y, en este sentido, bien puede decirse que Don Quijote es el símbolo representativo del autor en lo más noble de sus siempre grandiosos pensamientos, pero es extraño y hasta ridículo que se sostenga que Dulcinea representa la patria; la Tolosa y la Molinera la prensa de entonces; que el Vizcaíno simbolice á los jesuítas; que los cuadrilleros representen el poder de la Inquisición. Vuelvo á repetirlo: Don Quijote simboliza el idealismo. En efecto ¿ hay un hombre integro y virtuoso que busca siempre la regeneración de las colectividades y los individuos, el bien de todas las clases, la felicidad general, aun á costa de grandes sufrimientos personales? Ese es Don Quijote. ¿ Hay quién á todo trance defiende la verdad, siendo escudo de la Justicia, sin temor á los peligros, ni contrariedades, ni á la misma muerte? Pues bien, este sér ex-

---

[1] *Don Quijote,* parte I, cap. XIX.

traordinario que expone la vida para deshacer entuertos, es el caballero Don Quijote de la Mancha. Si sus actos son de un verdadero loco, sus locuras, sin embargo, son locuras de un sér magnánimo que, sin cuidarse de la maldicencia, ni de las asechanzas, ni de las calumnias, ni siquiera del ridículo, sabe sacrificarse gloriosamente y ser el redentor inmortal de la humanidad descarriada. Desde este punto de vista grandioso, hay muy pocas simpáticas figuras que se asemejen al hidalgo Don Quijote.

Sancho es otro aspecto de tan magna personificación. ¿Hay quién no entiende de idealismos, ni de cosas espirituales y puramente abstractas? Pues bien, ése es Sancho. ¿Hay persona para quien no existe más que el medro lucrativo, para quien el ideal no se extiende más allá de la satisfacción plácida de sus necesidades físicas? Pues bien, tal persona es el fiel escudero del Ingenioso Hidalgo. ¿Cuándo es feliz Sancho? Cuando puede dormir á sus anchas, cuando no le preocupan atenciones, cuando no le desvelan escaseces, cuando no le desasosiega peligros: en todo esto consiste su gloria, su dicha, su felicidad. ¡Qué le importa á él lo demás, si para él todo lo demás es aire vano! Para que podáis formaros un justo y cabal concepto de la importancia y hermosura del libro del que os estoy hablando, me gusta reproducir lo que sobre el mismo libro inmortal, escribió el ruso Turguenef:

« Sabido es » escribe el ilustre novelista, refiriéndose al personaje y no al libro « que la importancia » de Don Quijote se agranda en manos de su inmortal » creador y que el Don Quijote de la segunda parte, » el amable interlocutor de duques y duquesas, el sa-

» gaz mentor de su escudero, nombrado gobernador,
» no es ya el Don Quijote de la primera parte de la
» novela, el extraño y ridículo Don Quijote de los co-
» mienzos, cuyo pan cotidiano son los golpes. Para com-
» prenderle hay que penetrar en la misma alma de la
» obra.

» Don Quijote expresa por cima de todo la fe, la
» fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad,
» que se halla fuera del individuo y que no se entrega
» á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas
» luchas y grandes arrestos. Don Quijote está por com-
» pleto penetrado por el amor del ideal: para alcan-
» zarle está pronto á padecer todas las privaciones, á
» sufrir todas las humillaciones, á dar su vida. La vida
» misma para él no tiene más mérito que ser el medio
» que le permite perseguir su ideal, apoderarse de él,
» hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra.
» Poco importa que haya sacado este ideal del fárrago
» fantástico de los libros de caballerías, — en lo que
» consiste el lado burlesco de su carácter, — puesto que
» ha sabido conservar la idea pura, sin mezcla y en
» toda su integridad. Don Quijote creería indigno de
» él vivir para sí mismo, cuidarse de su persona: vive
» constantemente fuera de sí, para los demás, para sus
» hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir
» á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encan-
» tadores, opresoras de los endebles. No hay en él ras-
» tro de egoísmo: jamás piensa en sí: es todo sacri-
» ficio: cree, tiene buena fe y marcha siempre adelante,
» sin mirar atrás. Es intrépido, paciente y sabe con-
» formarse con los más mezquinos alimentos, con los
» vestidos más pobres: ni siquiera siente tales mise-

» rias. Su corazón es humilde, grande y heroica su » alma. Su tierna devoción amorosa no le priva de li- » bertad: exento de vanidad, no duda, sin embargo, » de sí mismo, ni de su misión, ni de sus fuerzas físi- » cas: su voluntad es inquebrantable. Tan continua » tensión hacia el mismo fin, presta uniformidad á su » pensamiento: su ciencia es muy limitada, pero no » necesita aumentarla, porque sabe lo que le importa, » sabe conducirse, sabe la misión que debe cumplir y con » eso le basta. Puede parecer un loco de veras, porque » la realidad se deshace como cera ante el fuego de » su entusiasmo. Los muñecos de palo son terribles » Moros, cuyas personas reconoce con claridad; los re- » baños de corderos son tropas de caballeros armados. » En otros momentos Don Quijote puede parecer un » hombre mediocre, porque es tardo para comprender » y para alegrarse, porque le cuesta trabajo pasar de » un objeto á otro: parece un árbol secular profunda- » mente arraigado y que no puede moverse. No tiene » libertad para cambiar de opiniones, y la firmeza de » su sér moral da una fuerza, una grandeza particular » á toda su persona, á pesar de las situaciones gro- » tescas y humillantes en que suele caer. Don Quijote » es un entusiasta, un fanático, servidor de una idea » que en torno de él resplandece.... Es un personaje » visible, pero en la risa se contiene una virtud con- » ciliadora, una expiación. En él se confirma la expre- » sión: — *Cuando nos reímos de alguno ya le hemos* » *perdonado y estamos prontos á amarle.* — Don Qui- » jote es pobre, casi indigente, privado de rucursos, » sin relaciones, sin familia; viejo y solo, abandonado » á sí mismo, acomete la empresa de enderezar los

» tuertos y defender á los oprimidos de toda la tierra.
» Poco le importa que su primera tentativa haga caer
» una desgracia en vez de dos sobre la cabeza de su
» inocente protegido. Cuando desata á un muchacho á
» quien su amo azotaba, no piensa que en cuanto se
» aleje, el hombre aquél redoblará el castigo. Poco le
» importa su equivocación cuando cree combatir con
» gigantes desaforados y en realidad asalta á bien-
» hechores molinos de viento. La parte cómica de estas
» escenas no debe ocultarnos su honda significación.
» Quien en el momento de sacrificarse tratase de pre-
» ver las consecuencias posibles y de pesar la utilidad
» de su acción, jamás realizaría el sacrificio... fácil es
» sonreír de la credulidad de D. Quijote, y sin embargo,
» ¿quién, examinándose á conciencia osará afirmar que
» siempre ha sabido distinguir una bacía de barbero,
» del yelmo de Mambrino?...

» Sancho Panza se burla de Don Quijote, á veces:
» sabe muy bien que su amo está loco, pero por seguir
» á tal loco, abandona tres veces su pueblo, su mujer
» y sus hijos: no le pierde paso, padece por él todo gé-
» nero de desazones y le guarda fidelidad hasta la
» muerte: cree en él, está orgulloso de él y solloza
» arrodillado junto al pobre lecho mortuorio de su se-
» ñor. Para explicar esta lealtad no bastan los motivos
» interesados, el incentivo de la ganancia. Sancho Panza
» es sobrado discreto para no comprender que el escu-
» dero de un caballero andante sólo puede esperar golpes
» por toda recompensa. Su lealtad y devoción á Don Qui-
» jote obedecen á móviles más altos y tienen su raíz en
» la sublime cualidad que poseen las muchedumbres de
» abrazar ciegamente una causa honrada y buena....

» Don Quijote ama á una criatura imaginaria, Dul-
» cinea, por la cual está presto á morir, vencido, caído
» en tierra, á la merced del caballero de la Blanca
» Luna, exclama: — *Dulcinea del Toboso es la más her-*
» *mosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caba-*
» *llero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza de-*
» *fraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza y quí-*
» *tame la vida, pues me has quitado la honra.* — Don
» Quijote ama pura é idealmente, al punto de que llega
» á sospechar que el objeto de su pasión no existe, y
» cuando Dulcinea se le presenta bajo la forma de
» rústica y zafia labradora, no cree el caballero á sus
» propios ojos y la declara transformada por los ma-
» leficios de un sabio encantador. Así en la vida hemos
» visto más de un hombre que dió su existencia por
» una Dulcinea imaginaria ó por algo que creía bello
» y grande y que era bajo y vulgar: y cuando ha visto
» el ideal desvanecerse en la realidad, le hemos visto
» acusar de aquella transformación á los malvados, á
» los hombres de perversa voluntad, á desastrosos ac-
» cidentes, quien sabe si á encantos y maleficios. Sí, de
» estos hombres hemos conocido algunos, y cuando la
» raza á que pertenecen desaparezca, menester será
» cerrar el libro de la historia, en el que ya nada po-
» dremos aprender.... No hay la menor señal de sen-
» sualidad en Don Quijote: todos sus sueños son castos
» y puros, y aun en el fondo de su corazón antes teme
» que espera poseer á Dulcinea algún día.

» Un lord inglés declaraba á Don Quijote el mo-
» delo del perfecto *gentleman* (gentilhombre ó caballero
» correcto), y en verdad, si la sencillez y las maneras
» reposadas son el rasgo distintivo de la buena crianza,

» Don Quijote tiene derecho á ese título. Es un ver-
» dadero hidalgo; siempre dueño de sí mismo, hasta
» en el momento crítico en que las doncellas del du-
» que, por burlarse del caballero de la Mancha, le
» llenan las barbas de jabón. La sencillez de sus mo-
» dales proviene de la ausencia de lo que llamamos
» ambición y exagerada opinión de sí mismo.

« Don Quijote se respeta y respeta á los demás;
» jamás se le ocurre la menor idea de afectación ó fin-
» gimiento. El sentimento del deber es el que le domina.
» El hidalgo manchego respeta profundamente todas las
» instituciones, religión, monarquía, nobleza, pero al
» mismo tiempo quiere ser libre y reconoce la libertad
» ajena. Apenas si ha leído obras serias, pero á pesar
» de su ignorancia tiene ideas muy claras en punto á los
» negocios públicos, al Estado, á la administración.... Se
» ha censurado mucho á Cervantes por los innumerables
» golpes que hace recibir á Don Quijote. En la segunda
» parte de la novela, el desventurado caballero no re-
» cibe ya palos ni pedradas: pero no hay que olvidar
» que las tribulaciones del Don Quijote amenizan la na-
» rración, que sin ellas, no agradaría tanto á los mu-
» chachos y á las gentes sencillas, y aun á nosotros nos
» daría una falsa idea del caballero, que nos parecería
» frío, arrogante, en contradicción con su carácter. A pe-
» sar de lo dicho, al final de la segunda parte, después
» de derrotado por el caballero de la Blanca Luna,
» cuando ya Don Quijote ha renunciado á las caballe-
» rías (Capítulo LXVIII), es derribado y pisoteado por
» una piara de cerdos, escena que ha sido muy criticada,
» habiéndose reprochado á Cervantes como inoportuno
» y cruel por aquella nueva humillación que inflige á su

» héroe. Esas críticas son injustas: Cervantes iba felizmente guíado por su genio al trazar aquella aventura burlesca, que encierra profundo sentido. Todos los Don Quijotes son derribados y pisoteados, en sus últimos momentos, por animales inmundos: tal es el supremo tributo que deben pagar al destino grosero, á la indiferencia y á la insolencia de los hombres que no los comprenden: es la bofetada del fariseo. — Después de haberla recibido, ya pueden morir en paz, porque han apurado el fuego del crisol, han conquistado la inmortalidad que ante ellos se abre. La muerte de Don Quijote sume el ánimo en inefable enternecimiento. En tan supremo instante, toda la grandiosa significación del personaje aparece clara á nuestros ojos. Cuando Sancho le dice para consolarle que pronto ambos los dos han de salir otra vez en busca de aventuras nuevas, él, ya moribundo, responde:

» — *Señores, vámonos á poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fuí loco y ya soy cuerdo: fuí Don Quijote de la Mancha y soy ahora Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía.* — Estas palabras son sublimes: este nombre, mentado por primera y última vez, se apodera de nuestra alma: porque el de Bueno es el único nombre que conserva su valor ante la muerte. Todo pasará, desaparecerá todo, los títulos más elevados, el poder, el genio que todo lo abarca, todo se trocará en polvo y se dispersará como humo: sólo no han de borrarse las buenas obras, más durables que la belleza. Ya lo dijo el apóstol: — Todo pasará y sólo quedará el amor — ».

Perdónese, queridos alumnos, la extensión de esta cita; según mi modesta opinión, ningún crítico ni historiador ha encontrado para calificar y analizar el libro inmortal de Cervantes, palabras comparables á éstas del gran poeta ruso.

Y ahora nos entretendremos, aun sea con brevedad, á hablar del *Quijote* de Avellaneda, cuyo nombre, si no en ésta, en otras lecciones, he tenido oportunidad de mencionar.

Cervantes, cierto día del año 1614, al entrar en casa de su amigo Robles ó en la de su amigo Villarroel, tuvo la desagradable sorpresa de verse mostrado cierto libro, cuya portada decía:

« SEGUNDO TOMO DEL INGENIOSO HIDALGO DON » QUIXOTE DE LA MANCHA, *que contiene su tercera sa-* » *lida; y es la quinta parte de sus aventuras, Compuesto* » *por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, na-* » *tural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores* » *é hidalgos de la noble villa de Argamasilla, patria feliz* » *del hidalgo Cavallero Don Quixote de la Mancha. Con* » *Licencia, En Tarragona, en casa de Felipe Roberto* ».

El prólogo, del que entresaco los trozos más importantes, tiene que haber sido leído por Cervantes, con ojos febriles y con ira y despecho: « Menos caca- » reado y agresor de sus lectores que el que á su *Pri-* » *mera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y » más humilde que el que segundó en sus *Novelas*, » más satíricas que ejemplares, si bien no poco inge- » niosas. » Luego añade: « Y, hablando tanto de todos, » hemos decir de él que como *soldado tan viejo en años* » *como mozo en bríos* tiene más lengua que manos; » pero quédese de mi trabajo por la ganancia que le

» quito de su *Segunda Parte;* pues, no podrá, por lo
» menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin que
» es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros
» de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa;
» si bien en los medios diferenciamos, *pues él tomó*
» *por tales el ofender á mí*, y particularmente á quien
» tan celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra
» debe tanto, por haber entretenido honestísima y fe-
» cundamente tantos años los teatros de España con
» estupendas é innumerables comedias, con el rigor
» del arte que pide el mundo y con la seguridad y
» limpieza que de un ministro del santo oficio se debe ».

Continúa luego: « Nadie se espante de que salga
» de diferente autor esta *Segunda Parte*, pues no es
» nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos.
» ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y
» de sus sucesos? Las *Arcadias* diferentes las han
» escrito: la *Diana* no es toda de una mano. Y, pues,
» Miguel de Cervantes es ya viejo como el castillo de
» San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo,
» que todo y todos le enfadan y por ello está tan falto
» de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros
» con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como
» él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador
» de Trapisonda, por no hallar título quizás en España
» que no se ofendiera de que tomara su nombre en la
» boca, con permitir tantos vayan los suyos en los
» principios de los libros del autor de quien murmura,
» y ¡plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido
» á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y
» comedias en prosa: que eso son lo más de sus no-
» velas, y no nos canse ».

Cervantes procuró indagar, averiguar quien fuera el autor de esta segunda parte de su *Quijote;* de la segunda parte de su gran libro él había escrito unos cuarenta capítulos, cuando tuvo tan desagradable sorpresa, porque sólo á la mitad de la segunda parte se queja de este plagio. El libro, como hemos visto, estaba impreso en Tarragona. El autor se ocultaba indudablemente tras la ficción de un seudónimo. En Tordesillas nadie conocía á tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni cabía dudar de dos cosas; primera, que el autor era aragonés, pues salpicado de expresiones aragonesas está este libro, y que era un amigo oficioso de Lope de Vega.

¿Quién fué entonces el escritor que ocultó su nombre tras el de Avellaneda?

Hasta el día, permanece en el misterio el verdadero nombre del Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Primero, la opinión general lo atribuyó á Fray Luís de Aliaga, aragonés, que desde humilde cuna, llegó á ser confesor del Rey Felipe III, y además Inquisidor general. Otros, después creyeron ver en Avellaneda, á alguno de los más grandes dramáticos españoles, Alarcón ó Tirso de Molina; otros á Andrés Pérez, el muy celebrado autor de *La Pícara Justina.* Pero todas estas suposiciones se fueron poco á poco desvaneciendo, como conjeturas desprovistas de verosimilitud, hasta que al fin Mámez, y con él el muy notable crítico D. Manuel de la Revilla, atribuyó el *Quijote* espurio á Fray Lope Félix de Vega Carpio. Nada hasta el día hay probado é indudable con respecto á quien fuese Alonso Fernández de Avellaneda. No parece destituída de fundamento, como las anteriores, que, sin más, pueden rechazarse por equivocadas, la

hipótesis del maestro Menéndez y Pelayo, quien aventura el nombre de cierto Alonso Lamberto, aragonés, poeta mediano. Menéndez y Pelayo esfuerza su conjetura con gran copia de datos curiosísimos, pero lo hace con todas las reservas de la más circunspecta investigación científica: en definitiva, el Sr. Menéndez mismo no considera sus asertos, sino como conjeturas de gran probabilidad.

¿No sabemos, pues, quién fuese *el fingido escritor de Tordesillas?* ¿Y con esto? ¿Qué está buscando la crítica? ¿Un nombre ó un hombre? Que se llamase Aliaga ó Lamberto muy poco importa. El nombre ni, tampoco el lugar de su naturaleza, ni su aspecto exterior hacen al autor.

¿Quién era pues Avellaneda?

Como se llamara efectivamente el autor del espurio *Quijote*, no sabemos: quien fuera, su falso *Quijote* nos lo dice.

Avellaneda, con paz sea dicho de los que no quieren reconocerle mérito alguno (y son muchísimos), fué un escritor de no común ingenio. Tiene que haber sido hombre de aviesos instintos; fué provisto de elocución fluida, á pesar de ser su prosa, muy á menudo, chabacana; de facilidad en el diálogo, con frecuencia chocarrero; en su Quijote se leen páginas de mucha fuerza cómica, pero á veces demasiado grotescas; soez en los chistes, aunque variados é inagotables; á veces, antes, demasiado á menudo, vulgar en el pensamiento; ciego á toda idealidad, de manera que suele revolcarse en el fango del más hediondo materialismo; insensible á todo lo tierno, lo bueno y lo pulcro que hay en la vida; hombre, en fin, á quien la idea de lucro puso la pluma

en la mano, para arrebatar lo que á Cervantes por su invención correspondía.

Ese es el hombre ó mejor dicho la figura moral, del autor del falso *Quijote,* llamárase él Lamberto ó Aliaga: lo cierto es que Avellaneda fué un prosista de talento y de erudición, pero sin sentido moral.[1]

Concluyo mis lecciones sobre Cervantes dandoos unas noticias bibliográficas además de las indicadas en el texto, por si desearáis profundizar vuestros estudios y rendiros cuenta más exacta de la importancia extraordinaria que tiene, en *la literatura castellana,* este genio sublime, cuyas obras casi desconocemos nosotros, en Italia.

Cfr. la *Bibliografía de los principales escritos publicados con ocasión del tercer centenario del Quijote*, que compiló el Sr. don Emilio Cotarelo. Hállase impresa en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Historia y Ciencias Auxiliares), Madrid (Año IX, mayo de 1905, núm. 5). Especial mención á pesar de hallarse recordada en la *Bibliografía* que compiló el mismo Sr. Cotarelo merece la *Bibliografía cervántica* del malogrado D. Leopoldo Ríus y Llosellas, revisada y corregida toda ella por el eminente crítico Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Además de

---

[1] Cfr. *El Quijote apócrifo compuesto por el Licenziado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas,* Edición cuidadosamente cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614, MCMV. Barcelona: Librería científico-literaria, Toledam López & C.ia, 4a Elisabets, 4, 4o, 302 págs.

Cervantes y el autor del falso Quijote, por JOSÉ NIETO. Obra premiada en los Juegos floreales celebrados en Saragoza el año 1904. Madrid, Velázquez, 42, 1905, 8o, 175 pags.

Se me dice que muy interesante y curioso es *Une énigme littéraire: le Don Quichotte d'Avellaneda,* par P. GROUSSAC, Paris, 1903; á pesar de haberlo solicitado muchas veces, no he pedido conseguirlo.

los dos tomos publicados en 1895 y 1899, quedó todavía material inédito para otros dos tomos. El tercero y último tomo, se publicó con ocasión del tercer centenario del Quijote. *Villanueva y Geltrú*, Oliva, impresor: Rambla de Ventosa, 1905, 4°, XVI-561-IX págs. El erudito cervantista inglés, D. Enrique Spencer Ashbee, cuyo fallecimiento deploraron á la vez los cervantistas de Inglaterra y de España, y que fué individuo correspondiente de la Academia Española, residente en Londres, autor del notable discurso que leyó en la *Sociedad Bibliográfica* de Londres, titulado *Some books about Cervantes* y del inestimable infolio *An Iconography of Dom Quixote*, escribió de esta bibliografía: «abundante mina para los que se consagran al estudio de la literatura española». Después de una biografía del malogrado D. Leopoldo Ríus y Llosellas, escrita con sencillez y copia de datos por el muy distinguido literato D. Eduardo Canibell, empieza la *Bibliografía Crítica* de Ríus, dividida en secciones, á cual más interesantes.

La primera trata de la popularidad de Cervantes en España en los siglos XVI y XVII, lo cual revela seguramente la asombrosa circulación que alcanzaron sus obras; pero esto no podrá desmentir nunca, ni tampoco justificar, la indiferencia con que le miraron mucho de sus contemporáneos y el menosprecio que de su labor literario llegaron á hacer hombres de tan inmensa fama y talento como Lope de Vega, el silencio guardado por el Dr. Pérez de Montalván, discípulo predilecto de Lope, y las diatribas de otros escritores muy insignes.

Cervantes juzgado por los españoles, comprende la segunda sección del libro, que resulta variadísima y contiene, desde los primeros juicios que acerca del *Quijote* se emitieron por los coetáneos de Cervantes; el *Licenciado Márquez Torres*, *Salas Barbadillo*, el *Maestro Valdivieso*, y *Faria y Sousa*,

hasta que, por escritores de fecha posterior tan eximios como Nicolás Antonio, Mayans y otros, se acertó á conocer con más perfección el verdadero mérito de la obra inmortal y se abrieron anchas vías que condujeron á sucesivos estudios, investigaciones y alabanzas, hasta poder llegar, como aconteció seis años ha, al momento solemne de su glorificación universal. Se extracta en esta segunda parte lo mejor de cada juicio crítico del *Quijote* publicado en castellano: estimadísimos trabajos de selección, que representan un verdadero y abundante caudal de profunda erudición.

Lo mismo puede decirse respecto de la sección siguiente, titulada *Cervantes juzgado por los extranjeros,* donde se insertan, ya traducidos al castellano, unos *ciento cuarenta* juicios críticos de literatos de otras naciones — muchos de ellos de los nombres más ilustres de Europa y América — que han tratado con diversidad de criterio del *Quijote* y otras producciones cervantinas, desde el año 1665 hasta el de 1890.

Dedícanse luego secciones especiales de erudición nutridísima, que tratan de las siguientes materias:

1° Censuradores de Cervantes.

2° Cervantes polígrafo.

3° Moralidades deducidas y sacadas de las obras de Cervantes.

4° Apócrifos atribuidos á Cervantes.

5° Míscelánea cervántica.

6° Enumeración de poesías dedicadas á Cervantes.

7° Periódicos cervantinos.

8° Fiestas y solemnidades en honor de Cervantes.

9° Monumentos á Cervantes.

La sección de Iconografía, muy extensa y apreciable, hubiera llegado á ser maravillosa, á no ha-

ber sorprendido la muerte á Ríus el año 1899, cuando la estaba escribiendo.

Así y todo, admira el conocimiento con que anota, describe y juzga todo lo que hasta sus días pudo saberse respecto á retratos, láminas, cuadros, bustos, estatuas, grabados y toda clase de obras artísticas referentes á Cervantes. Sus apreciaciones son siempre acertadas, y sus dictámenes tan rectos como autorizados.

Termina la obra de Ríus reproduciendo parte del magnífico discurso que leyó el Sr. Menéndez y Pelayo, contestando al leído, en 1904, por D. José María Asensio al ingreso de este notable cervantista en la Real Academia Española, discurso titulado «El Quijote, expresión del alma de su autor».

Gran provecho sacaréis, consultando también la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS: es una revista que empezó su publicación el 31 de julio de 1904 y que sólo publicó cinco números: el último se publicó en abril de 1905: además cfr. las EFEMÉRIDES CERVANTINAS, ó sea resumen cronológico de la vida de Cervantes Saavedra, por D. Emilio Cotorelo y Mori, de la Real Academia de España (Madrid, 1905).

No conozco directamente el libro titulado «Estudio crítico de nuestro libro rey» por D. Isidoro Lapuente Saenz, abogado español, trabajo que se publicó en Madrid, 1905, pero he leído una recensión en que mucho se pondera y se alaba este trabajo.

Un discurso verdaderamente magistral y digno de Cervantes es el que leyó en la Universidad Central de Madrid el 8 de mayo 1905, Don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No menos notable que el de Marcelino Menéndez y Pelayo es el que escribió D. Juan Valera, por encargo de la Real Academia Española para conmemorar el tercer Centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Este discurso fué leído por el Sr. D. Alejandro Pidal y

Mon, en la sesión celebrada el día 8 de mayo de 1905, presidida por S. M. el Rey. Del mismo Pidal y Mon es muy notable el artículo titulado «El Quijote como símbolo nacional».

Siempre con motivo de la celebración del tercer Centenario de le publicación de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, se publicó también CERVANTES Y EL QUIJOTE: *El hombre, el libro y la época*, por Justo de Larra (Habana, imp. y lib. «La Moderna Poesía», 1905).

La primera de estas tres partes (*El hombre*) obtuvo el premio en mayo de 1905, en el certamen abierto por *El Diario de la Marina*, para recompensar la mejor biografía corta de Cervantes.

Por lo que se refiere á las comedias y entremeses escritos por Cervantes, con provecho podéis consultar el trabajo escrito por Narciso Díaz de Escovar, titulado APUNTES ESCÉNICOS CERVANTINOS.

Muy curioso é importante trabajo es el que publicó ANTONIO BALBÍN DE HUQUERA en la *Revista Contemporánea* (15, IV, 1907), titulado «Tipos y caracteres originales en el Quijote». Además de las obras citadas, cfr. también el libro titulado «Las armas de Don Quijote — Apuntes reunidos por D. Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz — Madrid, José Blass y C.ia, 1908, 71 págs» y el artículo aparecido respectivamente en la Revista *Alhambra*, en los números correspondientes al 31 agosto, al 15 y 30 septiembre, y al 15 y 31 octubre 1910, titulado «Estudio del Quijote en sus relaciones con la poesía popular, representada por los romances», por FRANCISCO CAMPOS ARAVACA.

Si al finalizar nuestro curso habré logrado haceros querer y apreciar á Cervantes y á su *Quijote*, habré alcanzado el premio que más pudiere ambicionar. Acordaos que, en el mundo, muy pocos son los corazones

que adoran el ideal y Cervantes consagró su pluma al ideal de la justicia. A Cervantes, como á Don Quijote, el menesteroso y el oprimido le fueron sagrados.

Para él, la inacción era un oprobrio, su descanso pelear.

El libro que vamos á leer es una maravillosa procesión de realismos que marchan alegremente al compás de una gran sinfonía de ideales; y á su ritmo se allanan las fronteras en el espacio, y en el tiempo se dilatan los horizontes, pues la alborozada comitiva siempre va cantando el himno cosmopolita del sentimiento, inteligible á todas las conciencias!

Cervantes, pues, trabajó constantemente por la gloria y por el bien, aunque cosechando sonrojos y sacando miseria y hambre del crisol de sus tribolaciones. Pero en él se cumplió la profecía de la rehabilitación: « los últimos serán los primeros ». La envidia no prevaleció contra él, porque el turbión más tempestuoso no puede allanar la cúspide de un monte, ni la tisis tiene fuerzas para ascender hasta la cumbre de la inmortalidad.
